

www.elboomeran.com

9.288 (EPÍLOGO)

CARE SANTOS



... llegar a Vladivostok y dejarlos en el correo será saltar al vacío.

9.288 (Epílogo)

Queridos Marian y James:

Acabo de dejar atrás Jabárovsk. Al rebasar el punto kilométrico 8,521 he experimentado una felicidad nueva, de la que deseo haceros partícipes. Nadie puede comprenderme mejor que vosotros. No es la primera vez que siento esta redención de la distancia. He viajado mucho. Aunque no era el deseo de conocer lo que me impulsaba. Era el de alejarme.

Esta carta os llegará junto al original de la última versión del libro, nuestro maravilloso libro, tan ruso,

tan evocador, tan brillante. Como los textos no necesitaban corrección ni comentario, en los últimos días me propuse tan solo experimentar las emociones que los relatos despertarán en los lectores. Este volumen es muchas cosas. Ante todo, un viaje. Un viaje emocionante que me ha hecho llorar en más de una ocasión. No sabía si decíroslo, por si poníais en duda mi profesionalidad. ¿Lloran los antólogos? Eso ya no importa. Todo está consumado. La palabra es el único rastro perdurable que vale la pena dejar en el mundo.

En los cuentos abundan los personajes que viajan y también los que renuncian a su vida guiados por incomprensibles afanes. También hay muertos. Algunos dejan este mundo con sigilo, mientras que otros precisan de una gran orquestación para decir adiós. La gente muere como ha vivido. Os maravillará lo muy rusos que se han vuelto nuestros queridos autores, qué camaleónica capacidad demuestran para vestirse una piel eslava. Después de leerles con devoción una y otra vez, comencé a sentir la necesidad de transformarme. De pisar sus paisajes imaginados. De comprobar. ¿No creéis que de ciertos viajes no se regresa jamás?

He aquí mis razones.

No os alarméis, por favor. Se trata de la decisión de una mujer adulta, cansada de ser sensata, enferma

de literatura, que por una vez sabe lo que quiere. Cuando recibáis estos papeles, habré desaparecido. Puede que los míos, incrédulos, me busquen durante un tiempo. Luego, se resignarán. Ningún ser humano es imprescindible. No, si ha dejado bien resueltas las cuestiones legales y algún dinero en el banco. Después de un año, se me dará por fallecida y se abrirá mi testamento. En los últimos tiempos he contratado un seguro de vida y he incluido a mi marido en todas las cuentas bancarias. La soledad requiere tranquilidad de conciencia.

De modo que aquí estoy, sobrecogida por el paisaje que se agranda tras la ventanilla, intuyendo la llegada a la última estación y la vigilancia impasible del Océano Pacífico. El ansiado kilómetro 9.288 del Transiberiano. Un hito. Un horror. Un sueño. El lugar donde las agujas del reloj reculan, donde los cuentakilómetros vuelven a cero. Un interrogante. La puerta del más allá.

La literatura llena el vacío que los muertos dejan en el mundo. Pero hay que tener cuidado, porque es contagiosa y a otros también puede ocurrirles lo que a mí. Huir sólo es cuestión de estado de ánimo y de determinación. Rusia, todos los lectores lo sabemos, es el lugar donde las cosas más extrañas ocurren sin cesar. Una tentación. El infinito. Tenedlo, por favor, queridos míos, muy en cuenta. Acaso con la publicación de estos relatos provocaréis un éxodo masivo de lectores. Un

cambio en el paisaje del mundo. Puedo imaginar las oleadas migratorias: en Vyra emulando a Shishkin, en Prípiat inspeccionando cada fuente y cada charca, en Mtsensk preguntando por los cuadros robados de la señorita Kotkowska, en Múrmansk mirando los muelles, en el cementerio Novodevichy borrachos de cerveza rusa, en Vítebsk observando a los militares con curiosidad, en el centro de Siberia escrutando la Luna, en Ekaterimburgo con la respiración alterada por el horror, cerca de San Petersburgo fundando colonias en la espesura del bosque o a orillas del mar Caspio, comiendo chocolatinas con las mejillas pálidas.

Adjunto mis notas de lectura, por si pueden seros de utilidad. Al fin y al cabo —a sabiendas de que os decepciono— no he sido capaz de escribir el prólogo que queráis. Sé que no es lo habitual y os pido disculpas. No tengo más explicación, me temo, que mis propias fobias. Los prólogos siempre me recuerdan a esos invitados latosos, que nadie recuerda haber convocado, cuya única función parece ser entorpecer la relación entre los verdaderos amigos. Lo siento de verdad, pero soy incapaz de arrojar teorías y adjetivos sobre aquello que sólo la emoción debe explicar. No poseo el don de las opiniones contundentes. La literatura es una forma de locura.

Hallaréis las notas —he aquí otra disculpa— entreveradas de impresiones personales y de palabras

ajenas que suenan como propias en mi memoria. Disculpadme de nuevo. No tengo ánimos para trabajar más en ello. Os lo envió recién cosechado, sin garbillar, con todos sus excesos. Tomad lo que os convenga y haced con el resto lo que os plazca. No todas son tan inteligibles como hubiera deseado, pero comprenderéis que la litera inferior de un compartimento de segunda clase no es un lugar idoneo para esmerar la caligrafía. Los numerosos espacios en blanco pueden ser influjo del paisaje —una invitación a no añadir nada, a no hacer nada, a no pensar nada...— o la sombra de esa otra catástrofe: el olvido.

Basta. No soporto las frases lapidarias ni los momentos de máxima tensión dramática. Una petición me resta aún: en el caso de que utilicéis los textos a los que me acabo de referir, os ruego que los situéis allá donde no estorben. Es decir: al final del libro. En los actos públicos que seguirán a la publicación, especialmente en aquel de la Embajada del que tanto hablamos, mi ausencia no será ningún inconveniente. Bastará —si os preguntan— con que digáis que no sabéis mi paradero. Si mi nombre no sale a relucir, os ruego que no lo pronunciéis. Desearía que evitarais todo énfasis. No pasa día en el mundo sin que desaparezca gente, en circunstancias mucho más catastróficas que las que me acompañan. Al fin, esto de borarrse a sí misma de su propio paisaje no reviste épica alguna.

Así que estos papeles son mi última tarea. Llegar a Vladivostok y dejarlos en el correo será saltar al vacío.

No hay despedidas para siempre. Nunca se sabe cuándo vas a volver a encontrar a aquellos a quienes un día dijiste adiós. Así que no nos despedamos. Os deseo una suerte infinita y un futuro lleno de certezas.

Vuestra siempre,

C.

NOTAS DE LECTURA*

Lo terrible siempre sucede en la ficción. Así me tomo los grandes cambios de mi vida. Como un juego. Algo que ocurre más allá de mí, al otro lado de un cristal. O en las páginas de un libro.

Éste comenzó como una simple vuelta a la manzana para entretener el insomnio. De improviso, la novedad: aquel deseo urgente de alejarme.

Volví a casa, recogí el pasaporte, una muda de ropa, las tarjetas, algo de dinero en metálico. Besé a mis hijos dormidos. Deni se removió en la cama sin llegar a despertar. Me quité el anillo de casada y lo dejé en la mesita de noche, junto a mi teléfono móvil y las llaves. Sólo me demoré un poco escogiendo una pluma — una sola— de mi colección.

Una vez me preguntaron qué objeto salvaría de mi casa si se declarase un incendio.

La caja donde guardo mi colección de plumas estilográficas y mis cuadernos de notas, contesté.

No, sólo uno.

* Publicamos las notas en el mismo orden en que llegaron a nuestras manos, a pesar de que solo las primeras cuatro páginas estaban numeradas. Atendiendo al recorrido del Transiberiano y a las distintas estaciones que se nombran en el texto, este orden no debió de ser, creemos, el de escritura. En el original, la caligrafía se deteriora a partir de la quinta página hasta hacerse casi ininteligible en las dos últimas. El original está garabateado con tinta negra, con múltiples manchurroneos. (*Nota del editor*)

En ese caso, las plumas.

Llegado el caso, fue difícil elegir. Al fin me llevé la Faber que Deni me regaló en Nueva York cuando me pidió que me casara con él. Una pluma de pedida no es un objeto corriente. Ésta, además, tiene un trazo grueso, gasta mucha tinta y pesa demasiado, pero es de las pocas que no lleva mi nombre grabado en el capuchón. Por eso la elegí.

Una vida nueva necesita un nuevo nombre.

Dejé todos los cuadernos. Pensé que a Deni le dolería reparar en los objetos abandonados. Se sentiría como cuando te entregan las cosas de un muerto.

No había amanecido cuando salí a la calle y emprendí el camino hacia el mar o hacia la estación de tren. «Próxima circulación por vía 2 cercanías con destino l'Hospitalet de Llobregat por vía Barcelona Sants tiene parada en todas las estaciones por favor no crucen las vías utilicen los pasos inferiores».

A la altura de Ocata saqué de la mochila los cuentos rusos. Creo que en ese momento decidí cuál era mi destino. Hacía mucho tiempo que no podía ser otro.

Comenzaba a dolerme la cabeza.



En París me vio un médico. Le dije que sufría de migrañas desde los catorce años, pero que entre enero de 2002 y mayo de 2011 no padecí ninguna. Algo muy raro. Me miró como si le estuviera engañando.

—¿Cómo puede saberlo con tanta precisión?
—preguntó.

—Porque lo tengo apuntado —respondí.

—¿Tiene apuntadas todas sus migrañas?

—Lo tengo apuntado todo.

Me recetó unas pastillas inútiles. Debí haberlo supuesto: nada ha sido capaz de terminar jamás con mis migrañas. Las tiré antes de subir al tren.



Hay cuatro literas en mi compartimento, el número 9. De día, se transforman en cuatro asientos. Al principio tenía una compañera de viaje: una mujer consumida, de ojos menudos y cabello gris y abundante, que se cepillaba constantemente. De día comía higos y bebía té (lo llevaba en un termo) y de noche susurraba oraciones en ruso, hasta quedarse dormida. Como yo, subió en Moscú. Bajó en Perm, donde la esperaba un señor alto, cadavérico y con el bigote teñido. Al verla la abrazó, llorando gruesos lagrimones de cosaco.

Pensé que era mejor que se marchara: lo que espera tras los Urales no es para gente como ella, tan real, tan aferrada a este mundo.



La unión entre los huesos frontal y occipital dibuja un meridiano que parte la cabeza por detrás de las orejas. Es ahí donde me duele.

A veces me parece que el dolor emana en forma de aura brillante, fosforescente.

Así, aureolada como una santa, sigo leyendo.



Sobre la pequeña mesita auxiliar que se abre junto a la ventana ha aparecido esta mañana una taza de cerámica. Está desportillada. Una filigrana de diminutas grietas como venas negras otorga una pátina de antigüedad a la pintura que aún se conserva. La mesa es como una excrescencia que le crece a la ventana. Durante el viaje, juego a hacerla aparecer y desaparecer. Aparecer y desaparecer. El viejo juego del mundo. Árboles, personas, mesas, conversaciones, pesadillas. Todo persigue esa lógica ancestral.

A veces, resulta insoportable.

En la taza, aún visible, se lee un nombre: *Borís Butoma*. Tanto podría ser un souvenir como parte del menaje de un buque cisterna. Sólo tocarla tengo la certeza de que en algún lugar de una bodega oscura hay centenares de ellas, acolchadas en espuma de poliuretano y abandonadas para siempre.

Llegó hasta aquí gracias a la señorita de dedos finos y manos blancas. La encontré ahí de pronto, al volver del baño, sentada junto a la ventanilla, con la mirada triste escrutando el horizonte. Me recosté un poco y cerré los ojos. Me latían las sienes. Sentía náuseas.

Supé que la señorita se llamaba Anna y no iba a estar allí cuando volviera a abrir los ojos. Supé que la taza no era un souvenir, sino su ajuar funerario.

En su interior, descubrí un pedacito de espuma de poliuretano.

Nunca me gustó Katerina Lvovna.* Me recordaba demasiado a mí. No me gustan sus relaciones con los muertos, porque tengo la impresión de que algún día me ocurrirá lo mismo. Veré la cara de mi viejo suegro en la expresión de un gato doméstico y un segundo después comenzará a recriminarme cada una de las veces que forniqué con otros hombres sobre la cama caliente de su hijo.

Camino de Siberia, Katerina Lvovna se arrojó al Volga. En Nizhni Nóvgorod (kilómetro 289) el Volga confluye con el Oka. Entre las olas negras de la corriente se le aparecieron a la desdichada las caras de su suegro y su marido muertos. Cierro los ojos para no correr su misma suerte.

No miro por la ventana por no reconocer a Katerina en los postes eléctricos que custodian nuestro viaje solitario.

Katerina significa «inocente». Karina y Karénina, también. Va siendo hora de escoger un nombre ruso,

* Protagonista de *Lady Macbeth de Mtsensk*, de Nikolái Leskov. (N. del E.)

me digo. Mudar. Hacer que las palabras mientan por mí.

No recuerdo ningún personaje de ninguna novela rusa que cambiara la hora de su reloj camino de Siberia. El tren respeta esa vieja costumbre.

Cuando llegamos a una estación, vemos en el reloj una hora de ficción.

Hago parte del viaje en la compañía de un joven matrimonio. Ella es guapa, rubia, alta, joven, lleva polisón. Lee en ruso gruesos volúmenes, en voz alta. En los lomos brillan letras en alfabeto cirílico. Él mesa sus barbas mientras presta a su esposa una atención exquisita. Parece distraído y consciente de su suerte. A veces cierra los ojos, como yo. Ambos se comportan con esa seguridad de los terratenientes de provincias o de los adúlteros que se saben a salvo. Hablan sin levantar la voz. Siempre saben qué hora es. Visitan mucho el coche restaurante, regresan y siguen leyendo.

Cuando interrumpen la lectura, él soliloquiza y ella sonríe. Señalan algo por la ventanilla. Se llaman por su nombre de pila.

— Iván Serguéievich...

— Paulina...

Simbolismo de las cúpulas de las iglesias rusas: una sola cúpula: un Dios único; tres cúpulas, la Santísima Trinidad; cinco, Cristo; siete, los sacramentos; nueve, las jerarquías de los ángeles; trece, los apóstoles y Jesucristo; treinta y tres, los años de Cristo.

¿En serio existen iglesias de treinta y tres cúpulas?

— ¿No va usted a bajar? Estamos en Ekaterimburgo — me dice el revisor en un idioma que comprendo.

— Prefiero quedarme aquí, gracias.

El mundo que se ve desde la ventanilla del tren es el único que me interesa.

El revisor no se resigna:

— ¿No quiere ver la iglesia de San Salvador sobre la Sangre? Tiene cinco cúpulas — explica, con los ojos muy abiertos y una mueca de desprecio —, es una verdadera maravilla. Allí estuvo la casa Ipátiev,* ¿sabe? Es un lugar sagrado para nosotros.

Las cinco cúpulas aparecen ante mí. Los cinco hijos de Nicolás II; jugando al cinquillo en mi compartimiento, mientras una criada llorosa les sirve el último té de sus malogradas e imperiales vidas.

* Lugar donde el zar Nicolás II fue asesinado con toda su familia el 17 de julio de 1918. (*N. del E.*)

En el tren todo se comparte, menos el tiempo. Tengo nuevos vecinos. Me han ofrecido jamón, dulces, chocolate *Octubre rojo* —dicen ellos «el mejor del mundo»— y vino dulce. Luego han sacado una botella de vodka Veda y unos vasitos y me han invitado a beber con toda ceremonia. Vaso en alto, han comenzado a cantar:

Ob moroz, moroz
Ni moroz menya
Ni moroz menya
Moyevo konya

—Es una canción dedicada al frío —ha explicado uno de ellos, el más alto, en un inglés perfectamente eslavo.

El otro sonreía, la nariz roja y la dentadura mellada, vaso en alto.

—Al frío solo se le apacigua con canciones —ha añadido.

Próxima parada: el largo, artístico y depredador invierno ruso.



Ivan Shishkin murió pintando. Se encontraba sentado ante el caballete. Frente a él, uno de sus paisajes con árboles. Era el 20 de marzo de 1898.

Un cuadro describe la muerte del artista: *En el*

inhóspito norte. Muestra un abeto de ramas vencidas por el peso de la nieve. Frente a él, un barranco oscuro. Más allá, la noche, maternal, cayendo sobre el mundo.

En el Sur, las mujeres sueñan con el desierto porque nunca lo han probado, susurra el árbol del cuadro.

Esta noche, la locomotora no está de buenas. Pienso en mis hijos. En sus narices diminutas. En sus ojos de tres colores distintos. Tal vez aún no sea tarde para regresar. Decirles: He cambiado de opinión. Decirles: Mamá ha vuelto.

En el kilómetro 1.777 un obelisco de cuatro metros de altura advierte del cambio de continente. Compite en taciturna elegancia con los árboles. En su base creo leer: «Piénsalo bien, cielo, porque si rebasas este punto no habrá vuelta atrás para ti».



Anoche, nada más entrar en el continente asiático, me pareció oír pasos en el pasillo. Una voz que preguntaba por mí. Unos golpes en la puerta. Me asusté. Fingí dormir, cerré la cortina. El miedo a ser descubierta me paralizó.

Salí en busca del revisor y le encontré en su cubículo, resolviendo un sudoku. Le expliqué mis sospechas.

— Imposible, señora. Aquí no hay nadie — dijo.

De nuevo en mi camastro, más apaciguada, volví a mis papeles. Lo mejor, si no puedes dormir, es hacer

algo útil. En plena lectura de uno de los relatos me asaltó este pensamiento: debería peregrinar a Astápovo*. Tolstói me comprendería. Tolstói y nadie más.



Todos los que alguna vez hemos sufrido migrañas sabemos presentirlas. Es el dolor futuro.

Con la locura ocurre algo parecido.



El aire que llega del lago Baikal huele a alegría simple, a ríos que esperan para convertirse en carreteras, a muchas verstas vacías.

En París tuve que esperar el visado de la embajada rusa. Los funcionarios rusos son lentos. Los trámites se demoraron por mis «circunstancias extraordinarias». Al principio, ocupé las horas en pasear por la *rive gauche*. Jugué a saber francés con los camareros de las terrazas. Me acosté pronto todas las noches. A las veinticuatro horas estaba cansada de París. Esa ciudad es una rémora, una vieja sin dientes.

Escribí postales. A Óscar, a Francesc, a Ángeles, a Mònica, a todos mis amigos. También a Deni. Las ilustré con dibujos de flores y mariposas pintados de colores alegres. Pensé mucho en escribirles algo:

* Se refiere a la estación de Astápovo, donde Lev Tolstói murió de pulmonía, tras escapar de su casa en pleno invierno, en 1910. (N. del E.)

«Adiós», «Lo siento», «Estaré bien»... Al fin, firmé y enmarqué mi nombre con una rúbrica exagerada. Las arrojé al Sena, donde se las comieron los patos.

—

—Habría querido ser una escritora rusa —le dije una vez a mi primo Víctor.

—Mira lo que has escrito. Cuenta las páginas. Observa qué espacio ocupa en las librerías de tus amigos. ¡Ya eres una escritora rusa!

Esa fue su respuesta.

Lo sé: he escrito demasiado. Me disculpo sin remordimientos.

—

Lo único que me separa de mis compañeros de viaje no es la geografía, sino las expectativas. El modo en que ellos y yo esperamos que termine el cuento.

—

Disculpe, señorita, ¿puedo pasar?

Es el señor exquisito que escuchaba leer. Lleva una chaqueta clara de lanilla y pantalones oscuros. El sombrero en la mano, los zapatos lustrosos.

Le ofrezco mi litera y me hago a un lado. Su altura le obliga a adoptar una postura ridícula. Me mira con candor. Me cohíbe. Le ofrezco unas galletas que me

ha traído alguien que ha bajado en Sliudianka. No le apetecen con enorme elegancia.

Atravesamos la cuenca del Kuznetsk, el aire tiene el color y el peso del hollín. Es la región más contaminada de Rusia, pero él no pierde su porte elegante. Tras echar una ojeada rápida a mis papeles, me pregunta qué estoy leyendo. Le hablo de tesoros ocultos en fosas radiactivas y de peces que sobreviven a desastres nucleares. Me observa indiferente antes de decir:

—Detesto el futuro, ¿le ocurre a usted lo mismo?

Me pregunta a dónde voy.

—A Vladivostok —respondo.

—¿Y la espera alguien allí?

Niego con la cabeza.

—Vladivostok es ingrato con los solitarios —dice.

—¿Nos permitiría acompañarla durante su estancia allí? Estoy seguro de que mi esposa sería feliz yendo de compras con usted. Hay buenas tiendas en Vladivostok.

Sé que miente. La mujer no es su esposa, sino su amante. El marido de ella es traductor del *Quijote* al ruso y le tiene por un buen amigo. Él no se siente culpable en absoluto. El amor siempre es inocente, aunque quien lo sufra se comporte con vileza, parece pensar.

—Detesto ir de compras —respondo—. Apenas estaré una hora en Vladivostok.

—He sido muy osado al proponérselo, le ruego que me disculpe —dice.

Al levantarse se golpea la cabeza en la litera de arriba y el vagón tiembla.

—Mañana insistiré, si me lo permite —añade.

—Mejor no —respondo.

Me pregunto si sería muy difícil seducir a Iván Serguéievich, convencerle de que se quite los pantalones oscuros, que me enseñe su miembro poderoso, que se arrodille delante de mí, que me adore. Cerraría el compartimento por dentro. No sería discreta en absoluto. Algo así merece saberse.

Antes de marcharse quiere saber cómo me llamo.

Una vida nueva necesita un nuevo nombre, recuerdo. Una mentira rusa.

—Karénina Antónova Svyatói —respondo, imposible.

En Vladivostok buscaré un taller donde grabar mi nueva identidad en el capuchón de mi pluma Faber. Será como un juego. Como una novela.

—Ah, adorable Karénina Antónova —musita él, con la mano en el picaporte— no es usted la primera persona que conozco que busca afanosamente un lugar donde extinguirse.

Y antes de salir, se vuelve a decirme:

—Desde hoy y hasta que llegemos a nuestro destino, me afanaré en cumplir uno por uno todos

sus deseos, comenzando por los más fáciles, que son siempre los sexuales. Al fin y al cabo, para eso estamos los inventores de mentiras, ¿no es así? Para satisfacer los sueños de las gentes anónimas que esperan algo de nosotros.

Y desaparece, cerrando de un golpe.

Mientras esperaba a que el tren saliera de la estación de Yaroslavski, aún de Moscú, leí por primera vez sobre mi destino.

Yakutia. Un lugar donde los peces se congelan sólo quince segundos después de salir del agua, donde la leche siempre es sólida. Es una tierra más allá de todo. A pesar del tren, que solo la alcanza en alguno de sus ramales, es una región muerta.

Se lo pregunté al revisor en cuanto subí.

—¿Cómo puedo llegar a Yakutia?

—¿Yakutia? —arrugó la frente. Parecía consternado —¿y qué se le ha perdido a usted allí? ¡Vaya a Kíev, mujer! ¡A Irkutsk! ¡Visite mercadillos llenos de recuerdos para turistas! ¡Busque la casa de Isaac Babel en Odesa, la de Chéjov en Taganrog, vaya a ver en qué cuartucho de San Petersburgo languidecía de frío Alexandr Blok vestido con su chaqué! Pero olvídense de Yakutia. Allí no debería ir nadie nunca.

Parecía realmente enfadado.

—Busco muertos —dije. Aquello le enfadó más aún.

Su voz tronaba al decir:

—En Yakutia los muertos no quieren estar en sus tumbas. Y los muertos rusos son los más tristes del mundo, señora. Eso ya debería usted saberlo.

Los primeros colonos de la tierra muerta de Yakutia fueron obreros de Stalin, enviados para la construcción de la línea ferroviaria. Tres mil kilómetros de vías entre páramos gélidos. El estado les prometió un buen sueldo y vacaciones anuales en el Mar Muerto. A cambio, se convertían en guardianes de un yermo fantasma. El lugar al que nadie quería acercarse. La mayoría desistió antes de un año. Muchos murieron soñando con el Mar Muerto.

Morir soñando con un mar distante me parece hermoso.

Quiero conocerles.



«Vosotros, europeos, no podéis haceros una idea de lo que es una tempestad rusa», dice la voz ronca de Iván Serguéievich desde el compartimento vecino.

En mitad de la ventisca, acercando la nariz a la ventanilla, veo tres bultos junto a la vía. El tren sigue detenido, en espera de que la tormenta amaine. Los tres bultos son tres personas. Estás ateridas. Tiemblan

de frío. Me saludan con la mano. Sonríen. La nieve les cubre las piernas y les va convirtiendo en tres montículos.

Cierro los ojos para no mirar. Vuelve el dolor. Toda mi cabeza refulge en la noche. El horror se escapa por las fisuras de los huesos de mi cráneo.

Sé que nunca volveré. Pienso en Iván Serguéievich desnudo. El tren arranca.



Ha sido una mala idea visitar el vagón restaurante. Estaba repleto de gente, pero todos hablaban lenguas extrañas. Imposible hacerse entender.

Regreso a mi compartimento vacío, iluminado por el halo que mana de los huesos de mi cráneo.

«Qué extraño que no hayan vendido estas plazas», pienso.

Me desplomo. Sigo leyendo. O eso creo.



En la litera de al lado hay una nueva ocupante. Su aspecto me resulta familiar. Se parece a la lectora en voz alta del compartimento contiguo. Puede que sea su madre. Me mira con severidad, enfadada porque hace un rato he fornicado con Iván Serguéievich. No he disfrutado nada, pero la culpa no ha sido de él, sino del gato que ha surgido de la nada para insultarme a

grandes gritos. Tenía la cara y las barbas de mi suegro, pero la voz era la de mi hijo mayor.

Estamos llegando. El revisor nos lo recuerda.

—¿Viajan ustedes juntas? —nos pregunta.

Ella afirma. Yo niego con rotundidad. El pobre viejo no sabe a quién creer.

—¿Son ustedes familia? —pregunta.

Ella asiente. Yo meneo la cabeza a lado y lado.

—¿Hasta dónde van?

—Hasta el final, señor —dice ella.

—¿A Vladivostok?

—No, señor. Vamos más allá.

El hombre informa, con el mismo aire que se daría un maestro de escuela para hablar con un alumno torpe:

—No hay nada más allá de Vladivostok.

Mi compañera sonrío, me agarra la mano. Dice:

—Precisamente, señor. Allá es donde vamos.